

**Hacia el fomento de la apicultura en la Asturias  
de la Ilustración: dos memorias de Román Canella  
y una censura de fray Dionisio Otaño.  
Estudio y edición**

**Towards the Promotion of Apiculture in Asturias  
during the Enlightenment: Two Memories by Román Canella and  
A Censorship by Fray Dionisio Otaño. Study and Edition**

GUILLERMO FERNÁNDEZ ORTIZ

Universidad de Oviedo

<https://orcid.org/0000-0002-4572-8236>

JOSÉ ANTONIO ÁLVAREZ CASTRILLÓN

Universidad de Oviedo

<https://orcid.org/0000-0001-5885-0698>

*CESXVIII*, núm. 36 (2026), págs. 601-629

DOI: <https://doi.org/10.17811/cesxviii.36.2026.601-629>

ISSN: 1131-9879

ISSNe: 2697-0643



Universidad de Oviedo



INSTITUTO FEIJOO DE  
ESTUDIOS DEL SIGLO XVIII

#### RESUMEN

Román Canella, profesor de cirugía, vecino del concejo de Sobrescobio (Asturias), compuso en el año 1801 una memoria sobre el modo de enjambrar las abejas que remitió a la Sociedad Económica de Amigos del País, que fue examinada por el censor de la corporación, fray Dionisio Otaño, y que fue recibida con entusiasmo por los patriotas asturianos. Unos años más tarde, Canella dirigió a los Amigos del País una nueva memoria, ahora para optar a uno de los premios convocados por la Económica asturiana, dedicada al blanqueo de la cera. Dados por perdidos durante mucho tiempo, al no haberse conservado en el archivo de la institución, en el presente trabajo se lleva a cabo la edición de estos textos y se explica su redacción en el contexto que alcanzó la apicultura a fines del siglo XVIII, singularmente en Asturias.

#### PALABRAS CLAVE

Edición crítica, apicultura, Sociedad Económica de Amigos del País de Asturias, Cultura escrita, Censura.

#### ABSTRACT

Román Canella, professor of surgery and resident in Sobrescobio (Asturias), wrote a report in 1801 on how to swarm bees, which he sent to the Economic Society of Friends of the Country. It was examined by the corporation's censor, Fray Dionisio Otaño, and was received with enthusiasm by Asturian patriots. A few years later, Canella sent a new report, this time to compete for one of the prizes offered by the Asturian Economic Society, dedicated to wax bleaching. Long thought to be lost, as they had not been preserved in the institution's archives, this work publishes these texts and explains their writing in the context of beekeeping at the end of the 18th century, particularly in Asturias.

#### KEYWORDS

Critical Edition, Apiculture, Economic Society of Friends of the Country of Asturias, Written Culture, Censorship.

*Recibido:* 3 de marzo de 2026. *Aceptado:* 23 de abril de 2026.

## El aprovechamiento apícola tradicional en Asturias

El aprovechamiento apícola, aunque desigual según las comarcas, fue un recurso significado en la economía tradicional, tanto en lo alimenticio como en su uso manufacturero. En Asturias, donde se documenta como actividad de prestigio desde los más tempranos testimonios escritos,<sup>1</sup> ha sido estudiado con exhaustividad por López Álvarez, cuyo análisis etnográfico deja ver cómo el río Narcea separaba dos áreas con prácticas apícolas bien diferenciadas que permiten la muy distinta calificación de «cría» o mera recolección (López Álvarez, 1994). Así, esta sería predominante en el centro y el oriente de la región, que se muestran deficitarios y poco evolucionados en su beneficio, mientras los modos de hacer —y los resultados— del tercio regional delimitado al occidente se podrían vincular a los de un amplio cuadrante noroeste, que incluye Galicia, el occidente de León y Zamora, para conformar una de las áreas productoras más importantes de la península junto con Extremadura y el Levante (Lemeunier, 2011: 38).

En el modo tradicional, que en algunos casos ha perdurado todo el siglo xx, las colmenas se poblaban capturando enjambres espontáneos e instalándolos en truébanos, a veces de un tronco hueco, de tabla o de corcho, donde la colonia construía su panal. En Asturias permanecen estantes,<sup>2</sup> bien al cobijo del caserío o en colmenares exentos cercados de piedra —*cortín*, como se denomina en una de las memorias—, el caso más frecuente en la zona occidental, donde la alineación norte-sur de las sierras suaviza el clima y ofrece un hábitat más favorable a la cría. Esta se caracteriza por el cuidado durante todo el año de la colmena, «castrándola» en su parte superior para extraer la miel y la cera mientras se conservan las colonias, mientras que la mayor severidad climática al centro y

---

<sup>1</sup>El conocido Diploma del Rey Silo (Archivo Catedral de León, n.º 1), tenido por el más antiguo original de la monarquía asturiana, hace referencia en el año 775 a Espasando, colmenero del rey —*noster mellarius Espasandus*— asentado en la margen izquierda del río Eo. Durante la Edad Media y aún avanzada la Moderna, son habituales las rentas en cera en los contratos forales de los monasterios asturianos, señal de un incentivo eclesástico al beneficio colmenero. La última edición es la de Calleja Puerta, Ostos Salcedo, Pardo Rodríguez y Sanz Fuentes (2018).

<sup>2</sup>En otros territorios, afectados por las sequías —así el Levante— o de predominio del monocultivo extenso —algunas zonas de Francia— que estacionaliza la floración, se practica el pastoreo o trashumancia de radio corto, con traslados generalmente de una jornada de caballería.

oriente de la región es coincidente con unos usos más rudimentarios propios de una recolección depredatoria, que beneficia la cosecha sacrificando la colmena.

De la producción de miel y cera, esta era el producto clave hasta mediado el siglo XIX, cotizada para la iluminación de las clases acomodadas y proveyendo el intenso uso litúrgico, mientras que la miel tenía un interés medicinal y fundamentalmente como edulcorante popular. La realidad que trazó Anes para el conjunto de la región en los años centrales del setecientos, apoyándose en las respuestas generales del *Catastro de Ensenada*, permite ver la trascendencia de las abejas en el occidente asturiano (Allande, Ibias, Cangas del Narcea, Tineo, Navia, Valdés, Boal, Grandas de Salime...), pues las cifra de colmenas censadas es significativamente más elevada que en otros espacios de la provincia, aunque, desde luego, no es un ramo de la economía que no esté bien representado en varios concejos de la montaña central (Lena, Aller...)<sup>3</sup> e incluso en algunos términos municipales de gran extensión en la marina centro-oriental (Gijón, Villaviciosa o Llanes)<sup>4</sup> (Anes, 1988: 75-80). En consonancia con lo señalado, en el occidente interior regional representaba buenos ingresos para algunas casas, y en general, destacaban en su cultivo los eclesiásticos, que percibían nutridas rentas en cera y, en menor medida, en miel (Fernández Ortiz, 2023: 110).

La necesidad de blanquear la cera para luminaria derivó en una industria especializada de cereros, que compraban la producción al campesinado para elaborar las velas después de un blanqueado artesanal. Los trajineros de los Ancares destacaban en el acaparamiento de ese mercadeo en sus recorridos por las diferentes rutas regionales, vendiendo al tiempo pimentón, aceite, aguardientes o jabón (López Álvarez, 1994: 128).

El saldo general del ya comentado desequilibrio regional de la producción resultaba en la importación del norte europeo de buena parte de la cera elaborada (Lemeunier, 2011: 30).

## **El interés ilustrado y la Sociedad Económica de Asturias**

Informada históricamente la apicultura española por los clásicos grecolatinos y la experiencia, hay que esperar a 1621 para que Jaime Gil publique el primer tratado exclusivo sobre las abejas desvinculado de los clásicos. Sin embargo, lejos de cualquier continuidad, el método científico tardaría en llegar y con él

---

<sup>3</sup> Rodríguez Gutiérrez subrayó «el elevado número de colmenas», que constituía un complemento de la casería a mediados del setecientos (1989: 242).

<sup>4</sup> En el marinero barrio de Sabugo, arrabal de la villa de Avilés se ha subrayado el anecdótico beneficio de la apicultura mediado el siglo XVIII (Solís Santos, 2010: 302). A finales de la centuria, los diccionarios ilustrados no hacen alusiones significativas a la apicultura en los concejos de la costa centro-occidental de Asturias.

los avances que propiciaron ya en Europa al final del siglo XVII los estudios con el microscopio o la colmena de cristal.<sup>5</sup>

Con notable retraso frente a lo que sucede en Europa, en España, fuera de las sucesivas reimpressiones del tratado de Méndez de Torres (1586) hubo que esperar a los años finales del setecientos para que la apicultura comenzase a recibir un interés creciente, floreciendo entonces tratados y opúsculos de variada condición, derivados, en buena parte de las convocatorias de las Sociedades Económicas de Amigos del País (Jaime Lorén, 2017: 110), como sucede precisamente con uno de los documentos que ofrecemos en edición (n.º 3). Algunos eran traslados razonados de las prácticas tradicionales con alguna propuesta de mejora, pero en la mayoría de los casos se trataba de textos que tenían presentes memorias compuestas más allá de los Pirineos. Así, hacia el final de siglo, la influencia de la gran enciclopedia agrícola del abad Rozier (1781-1805) es notable: la encontramos en su versión original en la biblioteca de no pocas Sociedades Económicas (como en la de la Asturiana) (Fernández Ortiz, 2022: 364), y pronto se traduce al español, obra del extremeño Juan Álvarez Guerra (1797-1803), «individuo de la clase de Agricultura» de la Sociedad Matritense, quien habría tomado conciencia de la necesidad de difundir la obra del francés cuando, dos años antes, la Sociedad había convocado un concurso de memorias en 1795 «Sobre el modo de fomentar el cultivo de las abejas» (Jaime Lorén y Jaime Gómez, 2003: 874). En este final de siglo, en el oriente de Asturias Ramón Quintana Fuente no deja de referirse al fomento de las colmenas en un *Discurso en defensa de los labradores* (Tuñón Escalada, 2023: 227), pero es el presbítero asturiano José Antonio Sempil (1798) quien da a la imprenta su tratado de apicultura, su *Nuevo Plan de Colmenas*, fiel expresión de su intención novadora, recogiendo los avances europeos de la apicultura con apoyo científico, aunque sin dar noticia del trabajo de Rozier en el que se inspira según opinión general (López Álvarez, 1994). El libro también estaría en los anaqueles de la Sociedad Económica de Asturias (Fernández Ortiz, 2022: 359).

Al interés ilustrado por el desarrollo de la agricultura y la ganadería en todos los aspectos, cabe sumar para el sector apícola el estímulo particular que supuso la interrupción de las comunicaciones por las guerras revolucionarias y el bloqueo napoleónico, negando canales tradicionales de aprovisionamiento

---

<sup>5</sup> Jan Swammerdam (1637-1680), entomólogo holandés que diseccionó con precisión las abejas, describió las diferencias de sus individuos y el funcionamiento de la colmena, organizada en torno a una sola reina, conocimiento que resulta básico para una correcta reproducción de los enjambres. Filippo Maraldi (1665-1729), astrónomo italiano, contribuyó al conocimiento geométrico de las colmenas con el estudio de los panales y las celdillas a través de una colmena de cristal.

desde el Báltico o América, antes de que la remolacha azucarera y la estearina vinieran a sustituir a la miel como edulcorante y a la cera en las luminarias.<sup>6</sup>

En ese contexto, la Sociedad Económica asturiana manifestó un interés temprano y sostenido, convocando premios apícolas desde 1788 a 1830, en un inicio galardonando a los productores y con el tiempo incentivando la innovación. Con todo, esta actividad contrasta con las muy escasas atenciones al ramo que encontramos en los discursos de los principales animadores de la vida de la Económica (Campomanes, conde de Toreno, Carlos Andrés de Prada) y, sobre todo, con una realidad regional muy limitada para sus ambiciones: las colmenas seguían siendo rudimentarias, el concurso de productores era dominio recurrente de unos pocos y, a principios del nuevo siglo, los premios que los patriotas convocaban para promover el blanqueo de cera acabaron por suprimirse ante la falta de concurrencia y la imposibilidad económica de los potenciales candidatos (López Álvarez, 1994: 159-167).

### **Las propuestas de Román Canella, y las observaciones de fray Dionisio Ontaño**

Con el cambio de siglo, en septiembre de 1801, el cirujano Román Canella, de Sobrescobio, dirige a la Sociedad Económica de Amigos del País un escrito de título bien preciso —*Sobre el modo de multiplicar las abejas*— y cuyo tema los socios de la asturiana sintetizan con no menos exactitud, ya que la memoria «trata del modo artificial de enjambrar las abejas y las precisas utilidades que de este sistema se deducen».<sup>7</sup>

En el texto, dado por perdido (López Álvarez, 1994), pero conservado desde 2012 en el archivo del Real Instituto de Estudios Asturianos al ser recibido en donación el fondo documental que había poseído Ricardo Casielles, con varios manuscritos que en su día formaron parte del archivo de la Sociedad Económica de Amigos del País de Asturias, describe la situación de la apicultura regional, y, demostrando estar al tanto de las recientes publicaciones y haber experimentado sus propuestas, aboga por la difusión de un método ya contrastado en otras provincias —Extremadura— para multiplicar los enjambres de forma artificial, clave según él para lograr un negocio rentable a los paisanos y al conjunto regional. Enjambres que, según se explotaban al modo tradicional, apenas daban tres

---

<sup>6</sup> La estearina se obtiene de la grasa animal, y los avances químicos posibilitaron su uso en las velas. A partir de 1830 se desarrolló el uso de la parafina, derivada del petróleo, que acabó por desplazar a la cera natural de su exclusiva como luminaria.

<sup>7</sup> Real Instituto de Estudios Asturianos. Fondo Sociedad Económica de Asturias. *Libro de actas I*, fol. 58v.

cuartillos de miel y una libra cada tres años, momento en el que se eliminaba, según describía Rodríguez Gutiérrez (Rodríguez Gutiérrez, 1989: 242).

En su breve alegato resuenan la entomología de Swammerdam en tanto distingue individuos y su función, así como los trabajos recientes de Rozier y Sampil. Señala cómo este ha obviado el método de Rozier de reproducción de enjambres que ahora él ha puesto en práctica con éxito y defiende una divulgación de la obra de Sampil como fundamento sobre el que se haga formación a través de los más capaces de cada pueblo para poner en práctica el método de enjambrear artificialmente. Ayudaría a esto la redacción de un pliego con instrucciones.

La memoria de Canella es leída en junta de 2 de noviembre<sup>8</sup> y, según era procedimiento ordinario, se encomienda a los censores de la Sociedad «que den su informe».<sup>9</sup>

Mediado noviembre, el monje benedictino fray Dionisio Ontaño, a la sazón censor de la Sociedad, de la que fue un miembro muy activo mientras residió en Asturias (Caso González, 1988a: 48-50), tiene dispuesta su valoración de la propuesta de Canella, que se lee en Junta de 23 de noviembre.<sup>10</sup> En su breve evaluación deja apuntes de interés, distinguiendo las dos culturas apícolas de la región; por un lado, la occidental, ejemplificada en Allande, con buen rendimiento, y que él, como monje de San Vicente de Oviedo, conocía muy bien, dado que la comunidad monástica percibía anualmente miel y un centenar largo de libras de cera del préstamo de Santa Coloma, además de dinero líquido en reales de vellón (Fernández Ortiz, 2023: 110); por el otro, la muy atrasada y depredatoria del centro de Asturias, situación que urge a corregir. Además, dice conocer el éxito en La Rioja del método ahora propuesto, con buena rentabilidad para los interesados. En definitiva, su recomendación es la de comisionar al propio Román Canella como redactor de un opúsculo con las instrucciones precisas para enjambrear, pero recomendando que, en lo que atañe al lenguaje, sea la propia Sociedad la que vele por cuidar la sencillez de su uso una vez que se reciba.

Como en otras ocasiones, la Sociedad hace suyo el informe del censor: «que se den las gracias a este celoso patricio en su nombre por su secretario; que al propio tiempo se le suplique forme el tratado de colmenas según sus conocimientos, incluyendo en él el método de castrearlas sin perjuicio ni menoscabo con los más que juzgue digno de darse a luz por la Real Sociedad y del ofrecimiento de sus premios».<sup>11</sup>

---

<sup>8</sup> Real Instituto de Estudios Asturianos. Fondo Sociedad Económica de Asturias. *Libro de actas I*, fols. 58r-v.

<sup>9</sup> Real Instituto de Estudios Asturianos. Fondo Sociedad Económica de Asturias. *Libro de actas I*, fols. 58r-v.

<sup>10</sup> Real Instituto de Estudios Asturianos. Fondo Sociedad Económica de Asturias. *Libro de actas I*, fol. 60r.

<sup>11</sup> Real Instituto de Estudios Asturianos. Fondo Sociedad Económica de Asturias. *Libro de actas I*, fol. 60r.

trajas q<sup>a</sup> toda la provincia: q<sup>e</sup> estas ventajas son efectivas y  
reales, y no meramente imaginarias como las de otras pro-  
vincias: y de aqui infero, q<sup>e</sup> será muy conveniente, q<sup>e</sup> para  
R.<sup>a</sup> Sociedad lo promueva con todo esmero.

Los medios q<sup>e</sup> D.<sup>o</sup> Roman nos propone, para  
poderse mover al mismo fin q<sup>e</sup> son muy oportunos  
son tambien muy sencillos, y poco costosos; y si se desparecen  
q<sup>e</sup> uno de los primeros, y principaler comisionados q<sup>e</sup> enve-  
nando, debe ser el mismo. Atiendo q<sup>e</sup> sup<sup>o</sup> q<sup>e</sup> no se halla al-  
g<sup>o</sup> que sea bien instruido en la practica, podria V.S. enco-  
mendarle el tratado de colmenas, q<sup>e</sup> indica en sucinta;  
encargandole, q<sup>e</sup> ademas de explicar las especies de abe-  
jas, y el modo de enjambradas, exponga al mismo par-  
te el modo de curarlas sin causarles perjuicio, ni mo-  
novocabo. En este particular parece q<sup>e</sup> hai bastante igno-  
rancia señaladam<sup>te</sup> en estas inmediaciones; y oigo con  
mucho dolor, q<sup>e</sup> no saben curar las Abejas sin ahogar-  
las. Este modo verdadero m<sup>te</sup> cruel, y exterminador,  
debe descerarse de un tal q<sup>e</sup> con razon se gloria de culto.  
Caso q<sup>e</sup> el tratado no viniera en un lenguaje bastante  
manera consero, podria tomarlo alg<sup>o</sup> que antes de darlo  
a la prensa. = Este es mi sentir, q<sup>e</sup> sugero en modo a la  
correccion de V.S.

La Vega de Oviedo 14 de Nov. de 1801.

F<sup>o</sup> Dionisio de Otaño

Ilustración 1. Censura de fray Dionisio Otaño a la Carta sobre el modo de multiplicar las abejas de Canella. Real Instituto de Estudios Asturianos. Fondo Ricardo Casielles. Caja 7(48-49), fol. 2v.

Unos años más tarde, Canella remite a los patriotas asturianos un nuevo manuscrito, aunque ahora en un contexto algo diferente. La memoria, que fue firmada por el autor en un primer momento, y cuyo nombre fue borrado después, fue confeccionada para optar a uno de los premios que convocaba la Sociedad. No conservamos las convocatorias de premios entre 1800 y 1803, quizá no convocados por las dificultades de aquellos días (Caso González, 1988a: 135-138; Granda Juevas, 1987: 729-738), pero sí sabemos que la que se hizo para el bienio 1805-1806, publicada con fecha de 20 de diciembre de 1804, anunció un galardón de 300 reales y patente de socio de mérito «al que forme la mejor memoria sobre el modo de blanquear la cera con la perfección y sencillez que se hace por los extranjeros». <sup>12</sup> Este mismo galardón volvería a figurar en la convocatoria lanzada el 18 de noviembre de 1805, con los que se habrían de repartir en 1806 y 1807. <sup>13</sup> El 27 de octubre de 1806 los patriotas de la Asturiana valoraron que ninguna de las propuestas presentadas (para este y otros temas) llenaba «las intenciones del cuerpo patriótico», de modo que tras «el informe de los señores censores se acordó archivarse». <sup>14</sup>

En esta ocasión, por lo tanto, la preocupación de Canella se vuelca en el blanqueo de la cera, describiendo en un esfuerzo didáctico el proceso de extracción y purificación, y a continuación extractando los métodos de blanqueado descritos por los autores antiguos y las novedades de los europeos. En todo caso, se trataba de métodos basados en el agua caliente, el vinagre y la exposición al sol tras sucesivas manipulaciones.

A modo de conclusión destaca su análisis de la rentabilidad del proceso, que cifra en la abundancia de materia prima que haría rentable la recolección y se beneficiaría del mucho valor añadido sobre la cera en bruto. Es de notar su carencia de pretensiones literarias, y un tono ejecutivo y práctico que casa con su declarado elogio de la concisión, prometiendo «no ser prolijo».

---

<sup>12</sup> ARIDEA. SEAPA. Agricultura. Caja 2. *Convocatoria de premios a adjudicar para los años 1805-1806*.

<sup>13</sup> ARIDEA. SEAPA. Agricultura. Caja 2. *Convocatoria de premios a adjudicar para los años 1806-1807*.

<sup>14</sup> Real Instituto de Estudios Asturianos. Fondo Sociedad Económica de Asturias. *Libro de actas I*, fol. 147r.

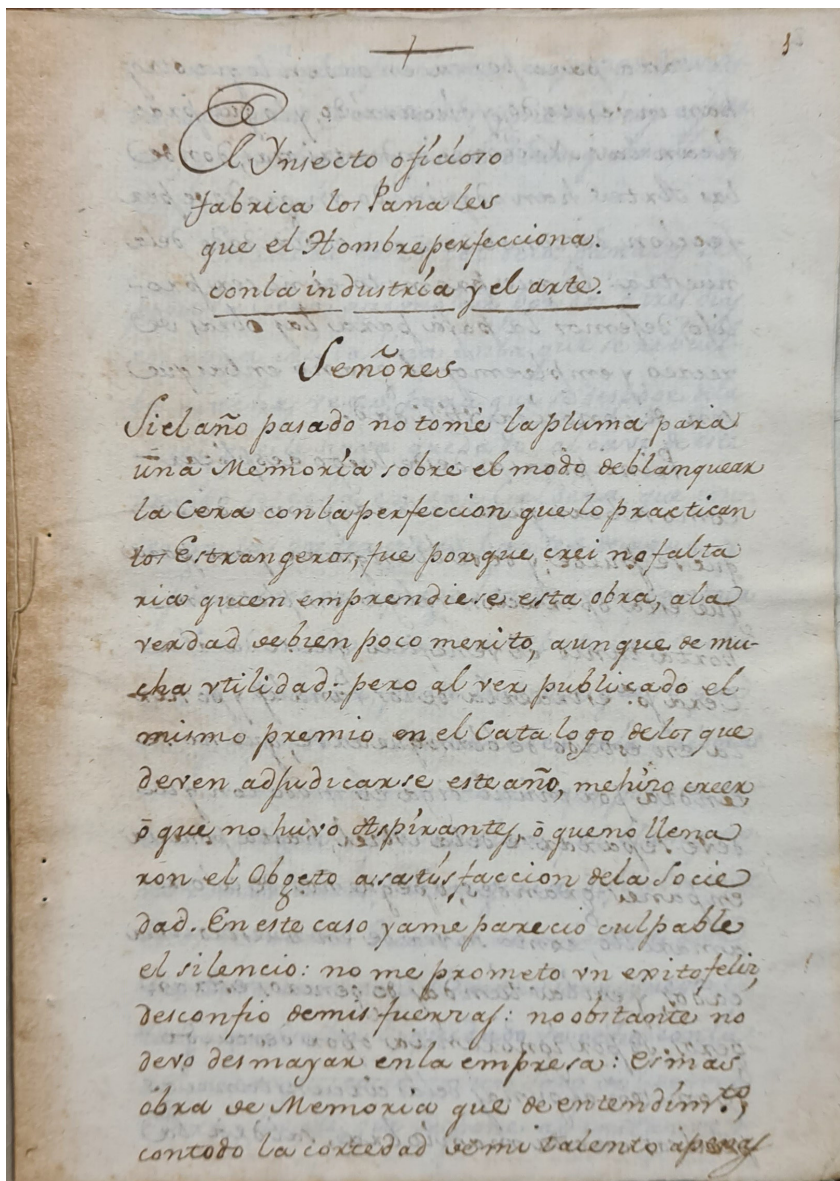


Ilustración 2. Román Canella concurreó a uno de los premios convocados a principios del siglo XIX por la Sociedad Económica de Amigos del País con esta memoria sobre el blanqueo de la cera. Real Instituto de Estudios Asturianos. Fondo Ricardo Caselles. Caja 7(42), fol. 1r.

## Román Canella: perfil ilustrado de un médico en la periferia asturiana

Es ciertamente muy poco lo que sabemos de Román Canella, aunque con la recuperación de estas memorias estamos mejor informados.

Su vida discurrió, fuera de toda duda, en el concejo asturiano de Sobrescobio en las décadas finales del siglo XVIII y en las primeras del siglo XIX, tal y como han consignado todos sus biógrafos (Fuertes Acevedo, 1865: 254; 1885: 299; García Jove, 1900: 389; Tolivar Faes, 1976: 19; Martínez Rodríguez, 2003: 27; 2024: 55). En este concejo de la montaña central asturiana firma la redacción de varias memorias (1791, 1792a, 1792b, 1792c, 1801), entre ellas la que compone *sobre el modo de multiplicar las abejas*, de la que ofrecemos la edición en el presente estudio, constando su nombre también en una inscripción que, fechada en 1808, se podía ver en la malatería de Colmillera (Tolivar Faes, 1966: 39 y 45, fig. 9; Martínez Rodríguez, 2024: 55). En este epígrafe aparece consignada su condición de profesor de cirugía, y como profesor de cirugía firma la aludida *memoria* que dedica a los enjambres en 1801 y su *Memoria sobre las causas más frecuentes del carbunco* (Canella, 1792c: 2v.). En otras ocasiones suscribe como «el cirujano Román Canella» (Canella, 1792a: 2v., 1792b: 2v.).<sup>15</sup>

Son varias las obras que se habían atribuido a Canella. Fuertes Acevedo le hizo autor de la varias veces citada *Memoria sobre el modo de multiplicar las abejas* (1801) que presentó a la Sociedad Económica de Amigos del País de Asturias, en la que fue bien recibida, como hemos visto, y del artículo «Lena», que habría remitido a la Real Academia de la Historia para el *Diccionario Geográfico-Histórico* emprendido por Martínez Marina (Fuertes Acevedo, 1865: 254; 1885: 299), donde hubo de permanecer sin llegar a ser impreso. De ello se hicieron eco otros autores con posterioridad (García Jove, 1900: 389; Somoza García-Sala, 1927: 110). Más tarde, en 1886, Fermín Canella subrayó que entre los principales trabajos de la Sociedad Económica de Asturias había un segundo manuscrito de Román Canella, que, en esta ocasión, trataba «sobre el blanqueo de la cera» (1886: 15), al que también nos hemos referido. Los estudios que se han publicado sobre las actividades económicas de la Sociedad de Amigos del País de Asturias durante la Ilustración no han dejado de aludir a ambos textos (Faya Díaz, 2012: 351), textos que, como señalara López Álvarez en su estudio sobre la apicultura en Asturias, «no se conservan» (1995: 168).

Por otro lado, Luis Sánchez Granjel dio a conocer «una comunicación sobre el labio leporino, leída en el Colegio de Cirugía de Barcelona en 1792», de la que habría sido autor el propio Canella (cit. Tolivar Alas, 1966: 45; Martínez

---

<sup>15</sup>Fuertes Acevedo, en época temprana, se refirió a él como «Profesor de Medicina» (1865: 254). Tras él, hizo lo propio Julio Somoza (Somoza García-Sala, 1927: 109).

Rodríguez, 2024: 55) al tiempo que Aparicio Simón, en su historia del colegio de San Carlos de Madrid aludía a la lectura de una «observación de una espina ventosa» (Aparicio Simón, 1956: 147).

Ahora sabemos que Román Canella no fue autor del artículo «Lena» para el *Diccionario geográfico-histórico* proyectado por Martínez Marina para Asturias, sino que esta monografía corrió a cargo del párroco de Ujo (hoy, concejo de Mieres) Bernardo Taberna González, bien que éste pudo elaborar su mapa del concejo a partir del plano, «muy diminuto», que el propio Canella le facilitara (Pérez de Castro, 1959: 92 y 228-229).

En segundo término, podemos afirmar que fue al Colegio de Cirugía de San Carlos de Madrid (no al de Barcelona) al que remitió en 1792 el informe sobre la operación del labio leporino en niños recién nacidos, aportando su experiencia con dos casos atendidos el año anterior y dando noticia de los cálculos que, en la vejiga, impedían orinar a un niño de año y medio (Canella, 1792a). Además, al mismo Colegio de San Carlos remitió a lo largo de 1792 otras dos memorias, una sobre las *úlceras sórdidas* y otra *sobre las causas más frecuentes del carbunco* (1792b; 1792c), que se sumaban así a otra remitida en 1791 sobre la «espina ventosa».

En fin, como hemos expuesto, Canella compuso para la Sociedad Económica de Amigos del País dos memorias (la *Memoria sobre el modo de multiplicar las abejas* y la *Memoria sobre el blanqueo de la cera*), memorias que se conservan hoy entre los fondos que pertenecieron a Ricardo Casielles y que se custodian en el archivo del Real Instituto de Estudios Asturianos junto con el fondo de los patriotas asturianos (Paredes Naves, 2021).

## Conclusiones

En el presente trabajo recuperamos el texto de dos memorias dadas por desaparecidas y que informan mejor sobre las inquietudes en materia de apicultura de los asturianos del último setecientos, pero también sobre la difusión de las nuevas ideas y de las prácticas que sobre el particular se estaban transmitiendo cuando el XVIII tocaba a término. Sumadas a la obra de Sampil, los textos de Román Canella son testimonio del interés que el ramo despertaba en el clero rural asturiano, que sabemos atento también a otros sectores (como la sidra), cuando no a la agricultura en general (Otero Busta, 2025).

La Sociedad Económica de Amigos del País de Asturias, en cuyo archivo se conservaron ambas memorias durante algún tiempo, acumuló obras sobre apicultura en su biblioteca (singularmente varios tomos de la obra de Rozier, tanto en su original francés, como en la traducción castellana, y el tratado de Sampil),

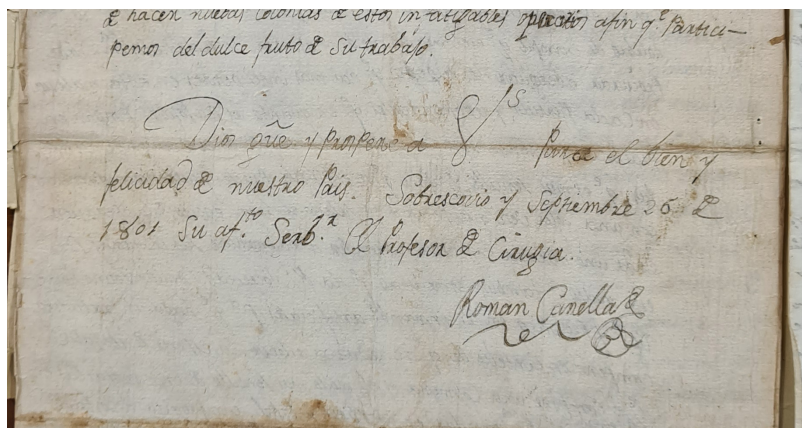
discutió y debatió en su seno las propuestas que llegaron desde la Asturias rural (como acreditan ampliamente el primer escrito de Canella y el medido dictamen de Otaño, censor de la corporación) patrocinó por medio de premios la creación de nuevos enjambres y el aumento de la producción de miel y de cera, y, en fin, trató de animar a sus contemporáneos a presentar memorias con las que dinamizar un sector que necesitaba de renovación.

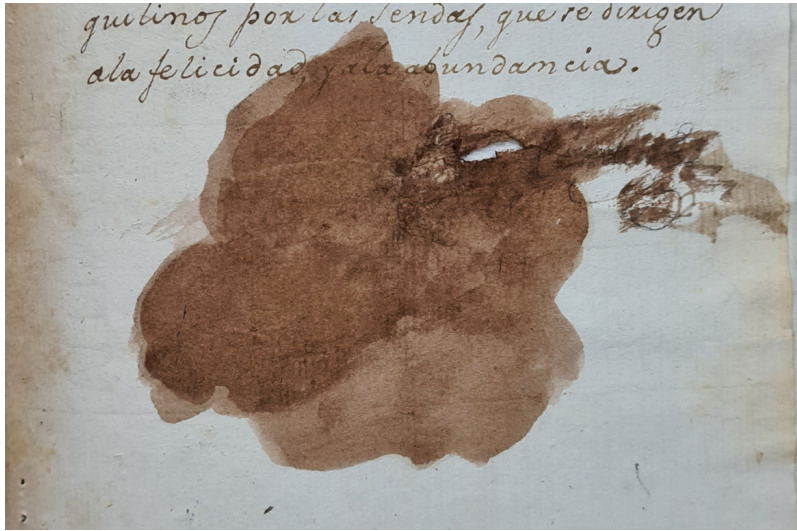
Canella presentó a una de estas convocatorias su *Memoria sobre el blanqueo de la cera*, bien que no parece haber obtenido galardón alguno: la obra quedaría sin imprimir y él no sería premiado ni con la suma de dinero anunciada ni con la patente de socio de mérito que se entregaba también al ganador.

Fue esta, en definitiva, la última memoria compuesta por este cirujano ilustrado del concejo de Sobrescobio, en la montaña central asturiana, que desde al menos la década anterior, compartía desde este apartado rincón de la periferia sus reflexiones, sus experiencias y su estudio con dos de las instituciones llamadas a modernizar un país que anhelaba un progreso que necesitaba: el Colegio de Cirugía de San Carlos de Madrid y la Sociedad Económica de Amigos del País de Asturias, con sede en Oviedo.

## Edición

Para la presente edición se han tenido en cuenta los manuscritos originales salidos de las manos de sus autores (n.º 1 y n.º 2) o supervisados por ellos, como sucede con la *Memoria sobre el blanqueo de la cera*, que, no siendo autógrafa de Canella, sí fue supervisada por él, como acredita su rúbrica (borrada) al pie del documento. De cada uno de ellos tenemos testimonio único.





*Ilustración 3. Arriba, firma de Román Canella al final de su carta Sobre el modo de multiplicar las abejas (1801). Abajo, la rúbrica hubo de ser borrada, dado que la Memoria para el blanqueo se presentaba a una convocatoria de premios de la Sociedad, de modo que el texto había ser anónimo. Real Instituto de Estudios Asturianos. Fondo Ricardo Casielles. Caja 7(42) y (48-49).*

En cuanto a las normas seguidas, hemos tenido presentes las empleadas para la Colección de Textos y Autores Españoles del Siglo XVIII del Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII. Hemos actualizado uso de mayúsculas y minúsculas, la puntuación, la acentuación, así como todas aquellas grafías que resultaban irrelevantes en lo que se refiere a la evolución de la lengua.

1801, septiembre, 26.- Sobrescobio.

*Informe de Román Canella sobre la multiplicación de las abejas.*

A.- Archivo del Real Instituto de Estudios Asturianos. Fondo Ricardo Casielles. Caja 7(48-49). Papel. 2 folios. 30x16 cm. Autógrafo.

Sobre el modo de multiplicar las abejas *por* Román Canella  
Sobrescobio, 26 de septiembre de 1801

+

Señores individuos de la Real Sociedad de los Amigos del País de este Principado de Asturias.

La abeja y el gusano de seda son los dos insectos de que el hombre saca producto y utilidad. Los demás contribuyen tan poco a sus necesidades, que sólo parece que sirven de adorno en la tierra y hacer resplandecer más el poder y sabiduría del Criador. La abeja no me atrevo a decir que sea más útil al hombre que el gusano de seda, pero puedo afirmar sin recelo que en nada es inferior la utilidad que de ella sacamos sin costarnos apenas la vigésima parte de gasto, trabajo y cuidado que el referido gusano.

El temple y fertilidad de nuestro país para aumentar las abejas y sus productos es tan bueno como otro cualesquiera de España y aun me parece que la miel y cera de este Principado es más exquisito que lo de cualquiera otra provincia de nuestra península. Y la causa de haber aquí tan pocas colmenas es que no se les cuida debidamente,<sup>16</sup> ni se procuran aumentar por medio de los enjambres artificiales, como se hace en las sierras de Extremadura y otras partes.<sup>17</sup>

Nuestros labradores ignoran el modo de hacer emigrar las abejas y aunque el clérigo Sampil<sup>18</sup> escribió un tratado de abejas y colmenas muy útil al colmenero,<sup>19</sup> no enseña en él el modo de hacer los enjambres artificiales en las colmenas comunes antiguas, que son las que únicamente usamos. L'abbé Rozier, en su *Dictionnaire d'Agriculture, etc.*, describe el mejor y más fácil modo de enjambrar artificialmente las abejas en las colmenas comunes.<sup>20</sup> Y, conforme a sus principios, emprendí en 16 de julio de este presente año a precisar a una parte de las abejas de una

<sup>16</sup>Tachada la redacción original «que no se les da el cuidado debido».

<sup>17</sup>Lemeunier subrayó la importancia de Extremadura como «polo de la apicultura española» ya en el siglo XVIII, aunque su producción fuese insuficiente para abastecer las capitales de las dos Castillas (Lemeunier, 2011: 30 y 38). Véase también el trabajo de Pelegrí Pedrosa (2002: 435-442).

<sup>18</sup>La biografía más detallada es la de Montero Prieto (1995). Sobre el carácter de su *Plan de colmenas* y sobre la deuda de su tratado con la obra del abad Rozier, *vide* el estudio de López Álvarez (1994: 152 y 162-165).

<sup>19</sup>Sampil, 1798.

<sup>20</sup>Rozier, 1781-1805.

colmena juntamente [a su] reina o madre [**1v.**] a pasarse a otra colmena vacía; y, después de ver el feliz éxito de ésta, hice con igual suceso otros cuatro enjambres artificiales; y hubiera hecho más a no ser lo muy adelantado de la estación.

El único modo de aumentarse las colmenas es por medio de los enjambres. El esperar coger los naturales es muy contingente, pues pende de varias circunstancias reunidas que, faltando una, son inútiles las demás. Lo 1.º, el día que hayan de partir aquella colonia de operarios a establecerse en otra parte ha de haber una o más reinas supernumerarias para ello y suficiente número de obreras y zánganos; 2.º, hacer sol; 3.º, la presencia del dueño para seguir las y que el enjambre se baje y detenga para ponerle la nueva habitación, etc.

Los artificiales están exentos de todos estos inconvenientes. Y, así, en pareciendo que la colmena se halla en estado de poder dar un enjambre se le precisa a ello, y, aunque se queda sin madre, ésta nace dentro dentro de pocos días de la simiente o gusanos que quedan en los albeolos. Y con esta esperanza siguen trabajando las obreras y defendiéndose de la invasión de sus enemigas. Y la parte que pasó a fundar<sup>21</sup> <este nuevo> establecimiento no se acuerda de volver al antiguo. Y desde entonces esta sabia sociedad<sup>22</sup> procura adquirir<sup>23</sup> los medios de su subsistencia<sup>24</sup> del mismo modo que si ellas hubieran determinado formar esta nueva república. Y,<sup>25</sup> cuando se esperan los enjambres naturales,<sup>26</sup> suelen salir en setiembre y aún en octubre, y, además de ellos perecer, regularmente cae en la misma suerte la colmena de donde han salido.

Yo no sé porqué en Asturias no se hacen enjambres artificiales cuando son tan buenos y permanentes como los naturales. Este ramo de industria tan interesante a todos merece la atención de esta Real Sociedad Económica para examinar las causas de su abandono y hacer con los premios y otros medios que se ponga en práctica.

La disposición local y temple de nuestro país, aunque no muy favorable para algunos alimentos de primera [**2r.**] necesidad, no puede ser más fértil y ameno para el pasto de las abejas,<sup>27</sup> de cuyas flores sacan los más exquisitos productos. Y dejo a la consideración de ustedes la inmensidad de riquezas que a tan poca costa nos darían estos insectos si los aumentáramos que sacarán de las flores todo lo que es posible. Pero, mientras que no se enjambren artificialmente, nunca lograremos más miel y cera que hasta aquí, y siempre saldrán anualmente

---

<sup>21</sup> Tachado: «otro».

<sup>22</sup> «Sociedad» en el mss.

<sup>23</sup> «Adquir» en el mss.

<sup>24</sup> Tachado: «s» final.

<sup>25</sup> Tachado: «además».

<sup>26</sup> Tachado: «éstos».

<sup>27</sup> Tachado: «y».

<para esto> muchos millares de pesos de nuestra provincia, que, además de ahorrarlos, podríamos traer del sobrante otros tantos o más<sup>28</sup>.

Para hacer los enjambres artificiales es necesario el conocimiento de las especies de individuos de que se compone de la sociedad<sup>29</sup> de las abejas, cuándo se hallan en estado de enjambrar, etc. que se puede aprender en pocos días en el expresado libro de Sampil, que es el menos costoso. Y, así, esta Sociedad Económica debe procurar averiguar los sujetos que hay más inteligentes en esta materia en cada partido y recomendarles que en cuanto les sea posible pongan en práctica y enseñen a sus convecinos el modo de hacer emigrar las abejas, que es muy sencillo, y a poco que se explique puede cualquiera aprender con una sola vez que se vea. Y sabido el buen éxito de la operación, cada uno deseará con ansia aprender a aumentar sus colmenas por este medio. También es necesario que la Real Sociedad comisione a uno inteligente y práctico en los enjambres artificiales para que haga un tratadito compendioso e inteligible que se reduzca a decir la especie de abejas de que se compone una colmena, y el modo más sencillo de enjambrarlas en <las colmenas comunes>, que todo se puede acomodar en un pliego de papel e imprimirse a costa de la Sociedad y enviarle gratuitamente a los comisionados de cada partido, premiando a quien parezca conveniente. Hay muchas colmenas que no quieren enjambrar naturalmente, aunque muy llenas de laboría y con superabundancia de abejas. Esta obstinación proviene de la falta de alguna de las circunstancias expresadas y otras veces de causas que [2v.] ignoramos, pero ninguna se puede resistir a dar el enjambre artificial cuando nos parece tiempo oportuno para ello. La primera colmena que hice enjambrar nunca dio ningún enjambre natural y tenía 7 años y en el presente menos laboría y abejas que los otros y, sin embargo, dio sin perjudicarla un enjambre tan bueno que, en últimos de agosto, daba esperanzas de enjambrar naturalmente. Las abejas en una colmena llena, viendo que en su habitación no hay más que hacer, dejan de trabajar y se están paradas, asidas en pelotones en lo interior y exterior de su habitación, cuando si se pasaran parte de ellas a otro domicilio trabajaran sin cesar con grande utilidad nuestra. Y así, no debemos omitir los medios de hacer nuevas colonias de estos infatigables insectos<sup>30</sup> a fin que participemos del dulce fruto de su trabajo.

Dios guarde y prospere a ustedes para el bien y felicidad de nuestro país.

Sobrescobio, y septiembre, 26, de 1801.

Su afecto servidor, el profesor de cirugía, Román Canella (R).

---

<sup>28</sup> Lemeunier subrayó la importación de cera y de miel, tanto de Francia como de los Países Bajos y de los países del Báltico (Lemeunier, 2011: 22-24). Sobre la importación de cera en Asturias ha realizado aportaciones de relevancia López Álvarez (1994: 128).

<sup>29</sup> «Sociedad» en el mss.

<sup>30</sup> Escrito sobre «operarios».

1801, noviembre, 14.- Oviedo, monasterio de Santa María de la Vega.

*Dictamen de fray Dionisio Otaño a propósito del Modo de multiplicar las abejas, en su condición de censor de la Sociedad Económica.*

A.- Archivo del Real Instituto de Estudios Asturianos. Fondo Ricardo Casielles. Caja 7(48-49). Papel. 2 folios. 30x16 cm. Autógrafo.

+

Señores

De orden de V. S. se me ha entregado una carta de don Román Canella, y, aunque el portador no ha sabido decirme para qué, supongo que es para que sobre su contenido explique mi dictamen. Sobre este presupuesto, y protestando ante todas cosas que no podré decir en el asunto sino cosas comunes y triviales, porque a decir la verdad jamás he leído libro alguno que trate de intento la materia, digo que el señor Canella es muy digno de nuestra atención y reconocimiento por el buen celo que manifiesta en su escrito en beneficio del público. El método que propone para multiplicar los enjambres no es a la verdad extraño ni nuevo en nuestra España, pero no por eso dejará de ser, a lo que entiendo, muy ventajoso y muy útil a este país. Hace ya muchos años que lo usan en algunos pueblos de La Rioja,<sup>31</sup> con crecidas ganancias de aquellos pocos que lo han adoptado. No me es dado calcular las que podrían resultar a esta provincia; sólo puedo decir que como sabe V. S. la extensión de sus montes es inmensa y las flores de que abundan muy propias para el alimento y labor de las abejas. Creo que no son más abundantes las de la serranía de La Rioja, en donde con este solo trato lo pasan cómodamente muchas familias que se dedican con algún esmero a cuidar de sus colmenas. Ellas son casi las únicas depositarias del secreto de enjambrar por el método de don Román Canella, y lo conservan por tradición de padres a hijos. De cada colmena sacan regularmente dos enjambres, muchas veces tres, y aun cuatro, y los conservan todos, a no ser que el año sea desgraciado para ellos. De estos enjambres hacen comercio y los venden a otros cosecheros que, o no saben el secreto [Iv.] o no quieren sujetarse al trabajo de ejecutarlo.

Lo mismo que se practica en La Rioja podrá también practicarse en Asturias; su temple benigno y suave no puede menos de ser muy a propósito para estos preciosísimos insectos, y las frecuentes lluvias, que al parecer deberían embarazar sus labores, acaso les son muy útiles, como se ha observado en el

---

<sup>31</sup> Da cuenta del interés que despertaba el sector el *Arte nuevo* de Francisco Moreno, vecino de Autol (1747).

presente año en el que, sin embargo de haber sido lluvioso, se me asegura que la cosecha de cera y miel ha sido muy abundante.

El concejo de Allande nos da alguna idea de las ventajas que puede prometerse el Principado de solo este ramo de industria, siempre que se dirija con acierto.<sup>32</sup> Desde tiempo inmemorial hay en él muchos pequeños colmenares, que allí llaman *cortines*, casi todos situados en los montes, y por lo mismo expuestos a las incursiones de los osos y de otros animales dañinos, bastante frecuentes en aquella comarca.

Por otra parte, los naturales no saben aprovechar más enjambres que los que espontáneamente dan de sí las colmenas y aun de éstos pierden acaso el mayor número, porque lo fragoso del terreno no les permite seguirlos cuando salen de los vasos. Sin embargo de todos estos obstáculos, aquellos laboriosos paisanos cogen bastante cera y miel para sí y para los concejos inmediatos, y aún les sobra una buena porción que venden en los reinos de Castilla.<sup>33</sup> Y si un continuado diligente trabajo, <aunque> cercado por todas partes de dificultades y embarazos, y desayudado enteramente del arte, ha sabido y sabe sacar de este ramo de industria tan conocidas ventajas, ¿cuántas más sacará cuando tenga en su favor un método arreglado de enjambrar en que con menos trabajo se multiplican los enjambres casi a voluntad del dueño sin el riesgo de que se extravíen o pierdan?

Lo que llevo expuesto me parece que basta para hacer ver que el método de enjambrar de don Román es muy útil, que de él podemos prometernos grandes ven[2r.]tajas para toda la provincia, que estas ventajas son efectivas y reales y no meramente imaginarias como las de otros proyectos. Y de aquí infero que será muy conveniente que esta Real Sociedad lo promueva con todo esfuerzo.

Los medios que don Román nos propone para promoverlo<sup>34</sup> al mismo tiempo que son muy oportunos son también muy sencillos y poco costosos, y soy de parecer que uno de los primeros y principales comisionados para enseñarlo debe ser él mismo. Añado que, siempre que no se halle algún socio bien instruido en la práctica, podrá V. S. encomendarle el tratadito de colmenas que indica en su carta, encargándole que, además de explicar las especies de abejas y el modo de enjambrarlas, exponga al mismo paso el método de castralas<sup>35</sup> sin causarlas perjuicio ni menoscabo. En este particular parece que hay bastante ignorancia, señaladamente en estas inmediateces. Y oigo con mucho dolor que no saben

---

<sup>32</sup> A mediados del siglo XVIII era el concejo asturiano con mayor número de colmenares, como sistematizó Anes (1988: 80).

<sup>33</sup> Sobre la salida de cera a los mercados leoneses o a la villa de Madrid ha escrito López Álvarez (1994: 125-126).

<sup>34</sup> Tachado: «ponerlo».

<sup>35</sup> *Sic pro:* castrarlas.

castrar las abejas sin ahogarlas. Este modo verdaderamente cruel y exterminador debe desterrarse de un país que con razón se gloria de culto. Caso que el tratado no viniese en un lenguaje bastante correcto, podría limarlo algún socio antes de darlo a la prensa. Este es mi sentir, que sujeto en todo a la corrección de V. S.

La Vega de Oviedo, 14 de noviembre de 1801.

Fray Dionisio Otaño (R).

[1804]<sup>36</sup>*Informe sobre el blanqueo de la cera, por Román Canella.*

A.- Archivo del Real Instituto de Estudios Asturianos. Fondo Ricardo Casielles. Caja 7(42). Papel. 8 folios. 21x17 cm.

+

El insecto oficioso fabrica los panales que el hombre perfecciona con la industria y el arte.

Señores:

Si el año pasado no tomé la pluma para una memoria sobre el modo de blanquear la cera con la perfección que lo practican los extranjeros, fue porque creí no faltaría quien emprendiese esta obra, a la verdad de bien poco mérito, aunque de mucha utilidad, pero al ver publicado el mismo premio en el catálogo de los que deben adjudicarse este año me hizo creer o que no hubo aspirantes o que no llenaron el objeto a satisfacción de la Sociedad.<sup>37</sup> En este caso ya me pareció culpable el silencio. No me prometo un éxito feliz. Desconfío de mis fuerzas. No obstante, no debo desmayar en la empresa. Es más obra de memoria que de entendimiento. Con todo, la cortedad de mi talento apenas [2] bastará para poner en orden lo que otros han inventado y discurrido y lo que practican las naciones más industriosas, donde las Artes han adquirido un grado de perfección desconocido o acaso olvidado de la nuestra. Lo que prometo es no ser prolijo. Dejemos la paja para las obras de recreo y empleemos el grano en las que son de conocida utilidad.

Principiaría desde luego a explicar cómo se blanquea la cera y cómo dicen que se puede y debe blanquear, pero para que esta operación salga completa

---

<sup>36</sup> En la carpetilla que protege actualmente la memoria se anotó en fecha posterior, junto al título y el nombre del autor, el año 1804. Mantenemos esta fecha, pero no es descartable que fuese escrita al año siguiente, en 1805, pues es entonces cuando se anuncia por segunda vez el premio a la mejor memoria sobre el blanqueo de la cera. Nada puede asegurarse, dado que no hemos localizado las convocatorias de premios correspondientes al período 1800-1803. *Vide nota infra.*

<sup>37</sup> El premio fue anunciado en 1804 (para los años 1805 y 1806) y 1805 (para los años 1806 y 1807). Se conserva ejemplar de ambos carteles en Real Instituto de Estudios Asturianos. Fondo Sociedad Económica de Amigos del País. Agricultura. Caja 2. No hemos localizado las convocatorias de premios comprendidas entre los años 1800 y 1803 en ninguno de los archivos en los que se conservan ejemplares de la serie (Archivo Histórico Diocesano de Oviedo. 59.11.35; Biblioteca Pública del Principado de Asturias. Colecciones de García Oliveros y de Fernández Canteli; Real Instituto de Estudios Asturianos. Fondo Sociedad Económica). Es probable que en esos años iniciales del siglo XIX, con brotes de fiebre amarilla por buena parte de la península, incluida Asturias (Granda Juesas, 1987), no hubiese convocatoria de premios.

importa tanto el beneficio que se da a la cera para extraerla de los panales y ponerla en estado de blanquearse que no se tendrá por inútil diga el modo con que debe separarse de la miel hasta ponerla en panes grandes o pequeños de color amarillo, como se vende en nuestros mercados y en las tiendas de géneros extranjeros. Si por ignorancia o por descuido se omiten algunas de las circunstancias precisas en esta maniobra saldrá la [3] cera con imperfecciones capaces de resistir a los más acertados y metódicos esfuerzos que se hagan para blanquearla. Empecemos.

Extraída la miel de los panales, se pone la cera a remojar por dos o tres días en agua cristalina, en la que se revuelve muchas veces para que se despoje de la miel que le haya quedado. Al cabo de este tiempo se echa en una caldera que contenga las dos terceras partes de agua y se pone a cocer a fuego lento, meneándola muy a menudo con una espátula o cucharón de madera para impedir que se queme, pegándose a las paredes de la caldera. No se debe cocer mucho tiempo, porque quedaría negra y quebradiza, y el blanqueo no remediaría o corregiría difícilmente estos defectos. Cuando comienza a derretirse conviene disminuir el fuego. Luego que se ha liquidado, se echa con la agua en que coció en un saco de lienzo claro y fuerte, que se pone al instante [4] en la prensa si la hay, debajo de la cual habrá colocadas vasijas para recibirla y en ella se echará antes un poco de agua caliente, a fin de que todo cuerpo extraño se vaya al fondo. La prensa debe estar bien limpia y lavada de antemano para que no comunique a la cera alguna porquería que disminuya su calidad o la prive del color. Antes de poner en ella el saco, conviene rociarlo con agua fresca y se aprieta poco a poco para que la cera no salte fuera de la vasija que se puso para recibirla.

Cuando no hay prensa se usa de un saco de lienzo fuerte y grueso en forma de capucha y con la boca muy ancha. Antes de echar en él la cera, se empapa en agua caliente y se tuerce ligeramente. Por este medio el agua, que saldrá por la presión, no saltará contra los que la prensan. Este saco se colgará de una viga, de modo que le quede la boca abierta. Se le echa la cera derretida y a plomo se pone una vasija que la recibe. Se estruja el saco entre dos palos humedecidos con agua fresca. Al [5] principio se prensa ligeramente apretando muy poco los dos palos, desde la boca hasta la punta de la manga o capucha. Luego se repite la presión con más fuerza, hasta que sale toda la cera. Los residuos se echan en agua fresca para que se despojen de cualesquiera inmundicias. Luego se derriten y se repite la operación hasta que no queda cosa alguna.

Luego que la cera se cuaja, se saca de la agua y se quita con un cuchillo la porquería que le queda por abajo. Para formar los panes se vuelve a la caldera, se le echa menos agua que la primera vez, se derrite a fuego muy lento y se echa en vasijas más anchas por arriba que por abajo, y para sacarla con más

facilidad se introduce un cordel por medio de la cera, con un nudo en un extremo, y al otro se ata un palo que se atraviesa en los bordes de la vasija, del cual se tira estando cuajada y sale el pan perfectamente. Si la cera no se purifica o se requema nunca [6] blanqueará completamente. Debe quedar enteramente amarilla, porque si tiene otro color es prueba que se le mezcló algún tinte para ocultar sus defectos.

Vamos ahora a decir cómo se blanqueaba en España antiguamente y cómo hacen esta operación en el día y cómo la ejecutan los extranjeros. Luis Méndez de Torres en su tratado de la cultivación y cura de las colmenas habla de este asunto.<sup>38</sup> Pondré aquí sus propias palabras que no por estar en castellano antiguo dejan de ser expresivas:

«La cera se hace blanca echándola en agua caliente muy salada y es bueno a vueltas<sup>39</sup> de la agua caliente echar vinagre fuerte blanco en que la derriten y ponella al sol y rocialla con agua fría.

Blanquéase de otra manera: dejándola en el mes<sup>40</sup> de abril y mayo de parte<sup>41</sup> de noche sobre la hierba que goce el rocío de la noche, y del sol hasta las nueve del día. Y luego la quiten<sup>42</sup> de la calor del sol hasta tornarla<sup>43</sup> a poner al sereno de otro [7] día. Y esto tantas veces hasta que se pare blanca.

De otro modo: derrítase la cera que quisieres hacer blanca en una caldera y toma un tajador, el más grande que pudieres, y mojen el suelo del dicho tajador<sup>44</sup> en agua fría, luego métanlo en la caldera de la cera que estuviese<sup>45</sup> derretida, digo el suelo. Luego, sacándolo de allí, métanlo en agua fría y meneando la mano con el tajador en la<sup>46</sup> agua se caerá la cera que en él se pegó. Y de esta manera irá sacando hojas de cera con el suelo del tajador hasta que se acabe<sup>47</sup> la que está derretida. Pónganse<sup>48</sup> estas hojas de cera al sereno y al sol hasta las nueve del día, como dicho hemos. Y esta es la mejor y la más breve manera de blanquear la cera».

---

<sup>38</sup> (Méndez de Torres, 1586, fols. 53v.-54r.). Desde el siglo XVII tuvo varias ediciones inserto en la *Agricultura general que trata de la labranza del cambio y sus particularidades*, entre ellas la de Sancha (1777). La última salió en Madrid en las presas de Urrutia (Herrera *et al.*, 1790).

<sup>39</sup> «Vuelta» en Méndez de Torres.

<sup>40</sup> En el texto de Méndez de Torres: «dejándola el mes de abril».

<sup>41</sup> Partes en el impreso del siglo XVI.

<sup>42</sup> Méndez de Torres: «quiten». «La quiten» en la edición de 1777.

<sup>43</sup> Méndez de Torres: «tornarlo». «Tornarla» en edición de 1777.

<sup>44</sup> Méndez de Torres: «en un barreño de agua fría».

<sup>45</sup> Méndez de Torres (1586 y 1777): «estuviere».

<sup>46</sup> Méndez de Torres (1586 y 1777): «el».

<sup>47</sup> Luis Méndez de Torres (1586 y 1777): «toda la que».

<sup>48</sup> Luis Méndez de Torres (1586 y 1777): «Y pónganse».

Pudiera citar otros varios autores antiguos que hablan de esta maniobra, pero lo omito porque el método de todos es casi el mismo que el antecedente, con muy poca variedad que no altera lo sustancial [8] de la operación.

En la actualidad tenemos en Madrid, Toledo y otras partes fábricas de blanquear la cera y lo hacen del modo siguiente:

La cera amarilla derretida se echa y conserva reducida a licor en una caldera, que está cinco o seis piesalzada del suelo y envuelta y abrigada con algunas cubiertas de lana, que llaman arropadores. Pónese en la caldera una canilla algo más alta que el sedimento, a que llaman comunmente coladuras. Por la canilla va corriendo la cera hasta caer en un coladero cribado que da paso a la cera derretida y detiene la suciedad y partes extrañas si caen. Desde el coladero cae en el barquillo que tiene una canal larga con cincuenta pequeños agujeros en el fondo, todos en una misma fila y a igual distancia unos de otros. Distribuida la cera por estos agujeros forma cincuenta hilos en su descenso y van a dar con ella sobre un torno o cilindro de boj, naranjo u otra [9] madera muy sólida. El diámetro de este torno es de un pie y la mitad se sumerge en la agua que hay en un baño o pilón largo, al cabo del cual está un muchacho que por medio de una cigüeña le da vueltas. Cada hilo de cera fundida se cuaja y aplana al tocar al torno mojado con la agua fría. Dando vueltas a este cilindro se van formando unas cintas que quedan en el baño, soltándose del torno con la acción de la agua. Luego sacan estas cintas de cera con unas horquillas de madera y las llevan al blanqueadero, que es un sitio cubierto de pizarras con un pretil que llaman pestaña, o con una paredita llamada aloquín. Allí la dejan al rocío y al sol. Esta operación se repite otra vez y luego se forman los panes y se tienen algunos días a la escarcha.

No sé si los extranjeros han tomado de nosotros este método y lo han perfeccionado o lo tomamos nosotros de ellos y lo practicamos con algunos defectos. Me persuado a esto último, pues en nuestros autores antiguos sólo se trata del blanqueo [10] como hemos especificado y no callarían este otro modo que ahora se usa si se tuviera noticia de él. Los holandeses y franceses lo ejecutarán con el método siguiente:

Se corta la cera en tajadas del grueso de una manzana regular. Se echan en una caldera que se pone en un hornillo con poco fuego y se remueven de cuando en cuando con una espátula o cucharón de madera hasta que se liquida enteramente. En este estado se le deja correr por una mosca o canilla que debe tener la caldera en un cubo de madera, cuyo fondo debe tener hasta cinco o seis pulgadas de agua caliente. Aquí se deja reposar un poco, para que las inmundicias o cuerpos extraños se vayan al fondo. Debajo de este cubo debe haber otro, también de madera, de forma oblonga, con arcos de hierro y revestido interiormente con planchas de plomo. Este está colocado en el pavimento de la oficina con su ca-

nilla hacia delante para vaciar la agua que debe estar recibiendo siempre de una fuente o de la mano de un operario, cuya agua [11] se dirige por un conducto que la extrae del laboratorio. Este cubo está atravesado con un cilindro de madera de un pie de diámetro con sus ejes de hierro, de modo que ocupen toda su longitud. Estos ejes están a plomo de la mosca que tiene el cubo en que está la cera. De la parte de arriba del cilindro se colocan unas trébedes de cuatro pies que descansan sobre los bordes del cubo en que está el cilindro. Las trébedes tienen en sus extremidades dos planchas de hierro elástico, sobre las cuales o por mejor decir en medio de las cuales se coloca una vasija de cobre de forma oblonga, más ancha por arriba que por abajo, y con tres divisiones en su longitud. El fondo de la del medio está llena de agujeros de una línea de diámetro, a la distancia de media pulgada de unos a otros; las otras dos divisiones sirven para echar brasas que mantengan la cera líquida. Sobre los bordes de la división del medio se eleva un cañón de hoja de lata de la altura de un pie, poco más [12] o menos, y encima de él se pone un coladero de lo mismo o de cobre, lleno de pequeños agujeros. Se abre la canilla del cubo, en que está la cera con la agua caliente, cae en el coladero, de éste pasa por el cañón de hoja de lata a la vasija de cobre, y por los agujeros de ésta cae sobre el cilindro, que estará en un continuo movimiento circular por medio de una cigüeña que meneará un muchacho.

Los hilos de cera que caen sobre la superficie del cilindro se extienden y forman cintas delicadas, que se cuajan según van cayendo en la agua del cubo inferior, cuya agua se debe renovar continuamente para que se mantenga fría. Cuando el cubo tiene muchas de estas cintas, se sacan con una horquilla de tres dientes y se ponen en una cesta de mimbres muy ancha, revestida interiormente con un paño de lino limpio. En ella se llevan al blanqueadero, que es un tendal hecho de alona u otro [13] lienzo fuerte, levantado del suelo y puesto al aire y al sol. Sobre esta tela se esparce la cera y se deja allí algunos días, cuidando de removerla de cuando en cuando hasta que adquiere el primer grado de blancura. Todas estas operaciones se repiten dos y aun tres veces, hasta que la cera blanquea enteramente. Por último, se derrite y se pone en tortas del tamaño que se quiere y estas tortas se tienen al aire y al sol algunos días para perfeccionar la operación.

Para no omitir cosa alguna de las que han llegado a mi noticia relativas al asunto, copiaré lo que he leído en el tratado de artes y oficios, que es parte de la recopilación de ciencias y artes principiada por Mr. Chevigni, continuada por Limiers, y acabada por Massuet:

«Para blanquear la cera, dicen, se la reduce a pequeños granos o partículas menudas por medio de la fundación y de la agua fría en que se echa derretida, o extendiéndola en láminas muy delgadas. [14] Puesta la cera de uno de estos

dos modos, se expone al aire y al sol sobre lienzos donde se mantiene día y noche, se la vuelve a fundir y preparar y exponer al aire hasta que blanquea perfectamente». <sup>49</sup>

Todos estos métodos son fáciles de ejecutar, pero es preciso que sea con mucha cantidad de cera, porque con poca sería más el gasto que el provecho. Un hombre ingenioso y aplicado con algún caudal que se dedicase a comprar la cera en bruto y beneficiarla hasta ponerla blanca sacaría en su provecho el exceso que hay de precio entre ésta y la amarilla, que no es poco, y no daríamos al extranjero esta ganancia. Y ni aún el costo de la amarilla que nos falta, si nuestros labradores se dedicasen con más conocimiento a la cría y propagación de las colmenas.

¡Ah, señores! Y qué felices seríamos, qué próspero sería el Principado si los hacendados, si los párrocos diesen a sus colonos y feligreses el ejemplo en éste y otros ramos en[15]teramente descuidados. Pero esto no es de mi asunto, la Sociedad, continuando sus acertadas disposiciones, conseguirá que nuestros nietos algún día más ilustrados que sus abuelos conozcan sus verdaderos intereses y conduzcan como por la mano a sus ciegos y rústicos inquilinos por las sendas que se dirigen a la felicidad y a la abundancia.

[Román Canella (R)].

## Fuentes

ARCHIVO DEL REAL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS (ARIDEA)

Fondo Ricardo Casielles.

Caja 7, n.º 48-49. Canella, Román (1801), *Informe sobre la multiplicación de las abejas*.

Caja 7, n.º 48-49. Otaño, fray Dionisio (1801), *Dictamen a propósito del modo de multiplicar las abejas de Román Canella*.

Caja 7, n.º 42. [Canella, Román (circa 1804)], *Informe sobre el blanqueo de la cera*.

Fondo Sociedad Económica de Amigos del País.

*Libro I de actas de la Sociedad Económica (1791-1808)*.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID (BUCM)

Fondo del Colegio de Cirugía de San Carlos.

BH. Mss. 913(6). Canella, Román (1791), *Observación de una espina ventosa*.

<sup>49</sup> «Du blanchissage de la cire» (Massuet, 1752: 956).

BH. Mss.914(4). Canella, Román (1792c), *Memoria sobre las causas más frecuentes del carbunco*.

BH. Mss.914(6). Canella, Román (1792b), *Memoria sobre las úlceras sórdidas*.

BH. Mss.913(24). Canella, Román (1792a), *La operación del labio leporino en los niños recién nacidos y un caso de cálculos en la vejiga*.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID (BN)

Mss/5649. Fuertes Acevedo, Máximo (1867), *Ensayo de una Biblioteca de escritores asturianos*, Volumen I.

## Bibliografía

ANES Y ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, Gonzalo (1988), *Economía y sociedad en la Asturias del Antiguo Régimen*, Barcelona, Editorial Ariel.

APARICIO SIMÓN, José (1956), *Historia del Colegio de San Carlos de Madrid*, Madrid, Aguilar.

CALLEJA PUERTA, Miguel, PILAR OSTOS SALCEDO, María Luisa PARDO RODRÍGUEZ y María Josefa SANZ FUENTES (2018), *Chartae Latinae Antiquiores. Facsimile-edition of the latin charters. Spain III*, Basilea, Urs Graf Verlag

CANELLA Y SECADES, Fermín (1886), «Discurso», en VV. AA., *Sociedad Económica Asturiana de Amigos del País*, Oviedo, Imprenta de Eduardo Uría.

CASO GONZÁLEZ, José Miguel (1988a), «La Sociedad Económica de Asturias desde su fundación hasta 1808», en *De Ilustración y de Ilustrados*, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, págs. 113-162.

— (1988b), «Los benedictinos asturianos y la Ilustración», en *De Ilustración y de Ilustrados*, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, págs. 39-52.

FAYA DÍAZ, María Ángeles (2012), «La Ilustración en Asturias: la Sociedad Económica de Amigos del País», *Studia histórica. Historia moderna*, n.º 34, págs. 333-372.

FERNÁNDEZ ORTIZ, Guillermo (2022), «La biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País de Asturias (1780-1820): fondos y proceso formativo. En El mundo del libro y la cultura editorial en la España del siglo XVIII», en Gabriel Sánchez Espinosa y Rodrigo Olay Valdés (eds.), *El mundo del libro y la cultura editorial en la España del siglo XVIII*, Oviedo, Ediciones Trea / Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, págs. 353-369.

- (2023), «Los abaciadgos de Benito Jerónimo Feijoo en San Vicente de Oviedo. Fuentes documentales para su estudio», en Concepción Paredes Naves (ed.), *Verba Volant, Scripta Manent. Escritos en homenaje a Agustín Hevia Ballina, Archivero de la Iglesia*, Oviedo, Archivo Histórico de Asturias, págs. 93-113.
- FUERTES ACEVEDO, Máximo (1885), *Bosquejo acerca del estado que alcanzó en todas épocas la literatura en Asturias*, Badajoz, Tipografía La Industria.
- GARCÍA JOVE, Eladio (1900), «Sobrescobio», en Ocatvio Bellmunt y Traver y Fermín Canella Secades (dirs.), *Asturias*, Gijón, Tipografía de O. Bellmunt, págs. 385-390.
- GRANDA JUESAS, Juan (1987), «Una epidemia de calenturas gástrico-biliosas en el Principado de Asturias (1800-1804)», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, n.º 123, págs. 729-738.
- HERRERA, Alonso de *et al* (1790), *Agricultura general que trata de la labranza del campo y sus particularidades*, Madrid, don José de Urrutia.
- JAIME LORÉN, José María de (2017), «La crisis de la ciencia apícola española en el barroco a través de su bibliografía», *Llul*, n.º 8, págs. 107-123.
- y José de JAIME GÓMEZ (2003), «Aspectos apícolas en los escritos y traducciones del ilustrado extremeño Juan Álvarez Guerra», *Revista de Estudios Extremeños*, n.º 59(2), págs. 871-898.
- LEMEUNIER, Guy (2011), «La apicultura en Francia y España entre los siglos XVIII y XIX», *Historia Agraria*, n.º 54, págs. 17-40.
- LÓPEZ ÁLVAREZ, Xuaco (1994), *Las abejas, la miel y la cera en la sociedad tradicional asturiana*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos.
- MARTÍNEZ MARINA, Francisco (2019), *Papeles para el diccionario geográfico-histórico de Asturias*, tomo II: *Ibias-Somiedo*, ed. Florencio Frieria Suárez, Oviedo, KRK ediciones.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, Enrique (2003), *La cirugía asturiana en la Ilustración*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos.
- (2024), *Historia de la cirugía asturiana*, Oviedo, Universidad de Oviedo.
- MASSUET, Pierre (1752), *La Science des personnes de Cour d'épée et de robe*, tomo VII, Amsterdam, Z. Chatelain & Fils.
- MÉNDEZ DE TORRES, Luis (1586), *Tractado breve de la cultivación y cura de las colmenas*, Alcalá de Henares, Juan Íñiguez de Lequeriza.
- MONTERO PRIETO, Alberto (1994), *Vida y obra de José Sampil, capellán de Jovelanos*, Mieres del Camino.
- OTERO BUSTA, Carlos (2025), *José Antonio Caunedo y Cuenllas, párroco ilustrado (1725-1802). Vida, documentos y escritos económicos*, Oviedo, Universidad de Oviedo.

- PAREDES NAVES, Concepción (2021), *Fondos documentales y colecciones en el Real Instituto de Estudios Asturianos. Fuentes para la historia. Lección de clausura del curso 2020-2021 del Real Instituto de Estudios Asturianos, pronunciada el 24 de junio de 2021*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos.
- PELEGRÍ PEDROSA, Luis Vicente (2002), «[Aproximaciones a la apicultura en Extremadura en el siglo XVIII](#)», en VV AA, *XXX Coloquios Histórico de Extremadura*, Trujillo, págs. 435-442.
- PÉREZ DE CASTRO, José Luis (1959), *El Diccionario Geográfico Histórico de Asturias. Tomo I. Génesis y colaboradores*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos.
- RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Fermín (1989), *La organización agraria de la montaña central asturiana*, Oviedo, Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Principado de Asturias.
- ROZIER, François (1781-1805), *Cours complet d'Agriculture théorique, pratique, économique, et de Médecine rurale et vétérinaire, suivi d'une Méthode pour étudier l'Agriculture par principes ou Dictionnaire universel d'Agriculture*, 12 volúmenes, París, Rue et Hôtel Serpente.
- SAMPIL, José Antonio (1798), *Nuevo plan de colmenas o tratado histórico natural físico económico de las abejas*, Madrid, Oficina de don Benito Cano.
- SOLÍS SANTOS, Miguel (2010), *Sabugo. El barrio marinero de Avilés durante el Antiguo Régimen*, Oviedo, KRK Ediciones.
- SOMOZA GARCÍA-SALA, Julio (1927), *Registro asturiano*, Oviedo, Centro de Estudios Asturianos.
- TOLIVAR FAES, José Ramón (1966), *Hospitales de leprosos en Asturias durante las Edades Media y Moderna*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos.
- (1976), *Historia de la medicina en Asturias*, Salinas, Editorial Ayalga.
- TUÑÓN ESCALADA, Juan José (2023), «El *Discurso en defensa de los labradores de Ramón Quintana Fuente (1784)*. Clero y Reformismo ilustrado en Llanes», en Concepción Paredes Naves (ed.), *Verba Volant, Scripta Manent. Escritos en homenaje a Agustín Hevia Ballina, Archivero de la Iglesia*, Oviedo, Archivo Histórico de Asturias, págs. 213-229.